

GALLEGO, JUAN NICASIO (1777-1853)

COMPOSICIONES VARIAS

I

El beso de Lesbia

II

A una tórtola

III

El vaticinio

IV

La dulce venganza

V

A la ausencia de Corina

VI

El pudor

VI (2)

Cuando la blanca Venus

VII

El padre y sus dos hijos

VII (2)

El padre y sus dos hijos

VIII

A Belisa

IX

Canción patriótica dirigida a los soldados españoles con ocasión de la batalla de Eslinga, ganada a Napoleón por los austríacos en el estío de 1809

X

Canción para el aniversario del Dos de Mayo puesta en música por don Mariano Ledesma

XI

Plegaria al Amor

XII

A don Jerónimo de la Escosura

XIII

Logogrifo

XIV

Octava que dejé escrita en un mirador de la Cartuja de Jerez en 1816

XV

A Curra. Romance que le dirige su esposo

XVI

La hoja de lentisco

XVII

El Conde de Saldaña

XVIII

Epitafio y dísticos latinos esculpidos en el sepulcro de Meléndez en el cementerio de Mompeller adonde fueron trasladados sus huesos en 1828

XIX

Octava puesta en la iglesia de los Escolapios de Valencia, sobre la puerta de la iglesia, en las honras que celebraron a la Reina Ntra. Sra. M.^a Josefa Amalia de Sajonia los individuos de la Real Maestranza de Caballería de aquella ciudad

XX

Octava puesta en la iglesia de los Escolapios de Valencia, en el catafalco, en las honras que celebraron a la Reina Ntra. Sra. M.^a Josefa Amalia de Sajonia los individuos de la Real Maestranza de Caballería de aquella ciudad

XXI

A mi amigo el señor don Juan Bautista Arriaza

XXII

A la señora doña Paula de Arriaza, en la misma comida, dada con ocasión de ser los días del santo de su marido

XXIII

Inscripción para poner en la lápida que cubre el corazón de la Duquesa de Frías en la iglesia de los Agustinos de la Villa de Oropesa

XXIV

En el álbum de un ventrílocuo

XXV

Epitafio. A la memoria de la Sra. D.^a M.^a Antonia Ruano, doncella sevillana.

XXVI

Octavas para la Reina Cristina en un convite

XXVII

A Mr. Frédéric Madrazo en le voyant faire le portrait de Mad. la Marquise de... placé dans une belle terrasse de fleurs

XXVIII

A don Manuel Bretón de los Herreros, el día de su boda

XXIX

Su nombre. Jácara romántica.

XXX

A la Sra. D.^a María Cristina de Borbón, presentándole un álbum a nombre del Liceo de Madrid

XXXI

Quintillas improvisadas en los momentos de botarse al Guadalquivir el vapor «San Fernando», alias «Trajano», el 30 de mayo de 1840

XXXII

Para el álbum de la Condesa de la Tour Maubourg a su salida de Madrid para Roma en mayo de 1840

XXXIII

Receta

XXXIV

Brindis en un convite

XXXV

En el álbum de la Excma. Sra. doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

XXXVI

Octavas que me encargó el Ayuntamiento de Madrid para ponerlas en la portada de la Casa de la Villa en los festejos con que celebró la vuelta de la Reina Cristina a España en marzo de 1844

XXXVI (2)

Entre el aplauso que su afecto sella

XXXVII
La felicidad

XXXVIII
La amabilidad

XXXIX
La Última Cena

XL
Versos para el retrato de la Reina

XLI
Versos para el retrato de la Infantita

XLII
A Dionisia Trespalacios en sus días

XLIII
A Florela

XLIV
Mis deseos

XLV
En el álbum de doña Matilde Díez

XLVI
En el álbum de don Adolfo de Quesada

XLVI (2)
Gran aparato

COMPOSICIONES VARIAS

I

El beso de Lesbia

(Letrilla)

¿Qué importa, Amor tirano,

con eslabones nuevos
doblar la atroz cadena
que me cargaste al cuello?
Ni el cautiverio duro,
ni tus rigores temo,
con tal que los mitigue
de Lesbia un dulce beso.

Cuando su sien nevada
torna el pudor en fuego,
y mi amorosa mano
siente latir su pecho,
el solio despreciara
de Júpiter supremo
por conseguir tan sólo
de Lesbia un dulce beso.

No es tan sabroso el néctar
como sus labios tiernos,
ni el céfiro es en mayo
más grato que su aliento.
Cual el fragante aroma
de los claveles frescos,
tal es el que difunde
de Lesbia un dulce beso.

Si por negarme un día
sus ojos hechiceros,
o por ingrato olvido
caigo a sus plantas muerto,
no busquen en mi auxilio
ni yerbas ni galenos,
pues basta a darme vida
de Lesbia un dulce beso.

Son gratos a su amada
los trinos del jilguero,
y el ruido de la fuente
al cazador sediento;
pero aun es a mi oído
más grato y halagüeño
el que en mi boca forma
de Lesbia un dulce beso.

Jamás de sus mejillas
marchite airado el tiempo

la tez que iluminaron
del alba los reflejos:
y en ellas en retorno
le den mis labios ciento
cuando en placer me anegue
de Lesbia un dulce beso.

Vuela, letrilla mía,
vuela a su blanco seno,
y que el amor le inflame
que va contigo envuelto.
¡Mil veces venturosa,
si tus sencillos versos
en pago me alcanzaren
de Lesbia un dulce beso!

II

A una tórtola

(Anacreónica)

Dichosa tortolilla,
que en inocentes juegos
las horas entretienes
de mi adorado dueño;

tú, a quien ofrecen gratos
copa sus labios tiernos,
taza su mano bella,
cuna su lindo seno;

que del gentil regazo
subiendo al albo cuello,
mueves sus rizos de oro
con revolar inquieto;

tú, que sin tasa gozas
la luz de sus luceros,
y el néctar de su labio,
y el ámbar de su aliento.

Cuéntame por tu vida,
pues sabes sus secretos:

¿suspira cuando parto?,
¿se alegra cuando vuelvo?

¿No acusa la inconstancia
del caprichoso tiempo
para mi bien tan tardo,
para mi mal tan presto?

¿Se acuerda de quien triste
por ella está muriendo,
o a más remotos climas
la lleva el pensamiento?

Mas ¡ay, que ayer airada,
con ademán severo
de irrevocable muerte
me fulminó el decreto!

¿Y cuál, cuál es mi crimen
para rigor tan fiero?
Si amarla no es delito,
culpable no me siento.

Sé tú mi intercesora;
súbete al hombro bello,
y con arrullos blandos
repítela estos versos:

«No guardes, Lesbia hermosa,
tan implacable ceño,
que ardides inocentes
no son engaños negros.

Yertos de amor, señora,
son perdonables yerros.
¿Qué mucho que tropiece?
¿No ves que es niño y ciego?

Ni es la venganza halago
de generosos pechos,
que amar es dulce cosa,
y odiar, cruel tormento».

El vaticinio

(A Lesbia)

Pronta a dejar la bética ribera
que ya en ardor bañaba el blondo estío,
un ¡ay! lanzó la madre primavera,
un ¡ay! envuelto en flores y rocío.

Del llanto del abril nació la rosa;
de la espuma del mar Venus divina;
de aquel dulce suspiro Lesbia hermosa
más linda que la rosa y que Ciprina.

Nació, y del alba anticipó el saludo
la turba alada, al rayo de la luna,
al par que asidas en airoso nudo
las gracias vuelan a mecer su cuna.

Amor las palmas de placer batía
cuando los tiernos párpados alzaba,
y al ver la nueva luz, que afrenta al día,
ciego a sus pies depositó la aljaba.

Y «¡Oh niña!, dijo; a tu beldad despojos
son ya las flechas del Amor divisa:
¡cuántas más almas herirán tus ojos!
¡cuánto más fuego encenderá tu risa!

¡Oh, qué deseos rondarán lascivos
tu fresco labio y tu mejilla pura!
¡Oh, qué miradas y ayes fugitivos
tu blanco seno y tu gentil cintura!

Ciego a tus pies y en lágrimas deshecho,
uno entre tantos rendirá el destino;
uno a quien baste a derretir el pecho
con solo un rayo tu mirar divino.

Hijo de Apolo, en flébiles querellas
dará a tu nombre armónicos cantares,
que al alumbrar de fúlgidas estrellas
difunda el viento por los anchos mares.

¡Ay, cuánto afán al mísero le espera,
sin fin luchando con su ingrata suerte,

continuo cebo de mi ardiente hoguera,
viviendo el triste en prolongada muerte!

¡Felices ambos si tu seno abrasa
chispa fugaz del suyo desprendida!
que no es beldad la que sin mí se pasa,
ni en pechos duros el placer se anida.

No quieras ver marchita tu belleza,
como en el yermo inútil amapola,
que intacta vive en eternal tristeza,
y nace y muere desamada y sola.

Mas no será; que un alma hermosa veo
unida al cuerpo angélico y bizarro,
y en ti la gloria y el mayor trofeo
que el orbe admire en mi triunfante carro».

Así dijo el Amor. ¡Ay Lesbia amada!
Cumplida está su predicción funesta;
cumplida en mí, que el alma embelesada
rendí a tu gracia y tu virtud modesta.

Dentro del pecho siento al inhumano
de su pérfido triunfo hacer alarde;
sí; que una hoguera me anunció el tirano,
y es un volcán el que en mis venas arde.

¿Sabes, oh Lesbia, comparado al mío,
qué es el ardor de tu apacible llama?:
tibio lucir de fósforo sombrío
junto al globo inmortal que el aire inflama.

¿Y eterno habrá de ser? ¿Me niega el cielo
que este incendio voraz se temple un día?
¿Dónde hallará mi padecer consuelo?
¿Dónde? En tus brazos, o en la tumba fría.

IV

La dulce venganza

Riñó conmigo mi Corina un día;
gritó y mesó los nítidos cabellos;

torció las manos y los brazos bellos,
y al amor y sus gustos maldecía.

En su venganza y frenesí furiosa
juró negarme el brillo de sus ojos;
de sus mejillas la naciente rosa,
y el dulce néctar de sus labios rojos.

Yo que la adoro y por sus gracias muero
temblé al oír el juramento impío,
y ofuscando la voz el llanto mío
así la dije en tono lastimero:

«Si de tu amante la pasión te aíra,
¿por qué el vengarse tu furor retarda?
Oprime el cuello que tu amor respira;
traspasa el pecho que tu imagen guarda.

Justo es que en mí tu cólera desfogues;
que quien no supo complacerte muera:
yo halagaré la mano que me hiera,
o besaré el dogal con que me ahogues».

Ella la vista en el florido suelo
fijó, depuesta su fiereza brava,
y en su regazo sobre el blanco velo
de aroma un ramo deshojando estaba.

«¿Por qué sin causa, proseguí, te enojas,
cruel?» Y en tanto levantó la frente,
miró hacia mí, riose blandamente,
y del aroma me arrojó las hojas.

Luego enjugó mis húmedas mejillas;
luego oficiosa me aliñó el cabello;
después jovial sentose en mis rodillas;
después los brazos enlazó a mi cuello.

Risueña entonces, con su ardiente labio,
más vivo que el carmín, selló mi boca,
y en pos del beso que mi ardor provoca,
ufana prorrumpió: *¡Vengué mi agravio!*

Modelo eterno a los amantes sea
la atroz venganza de mi dulce amiga.
¡Quien no perdona, que perdón no vea,

y odiado expire quien el odio abriga!

V

A la ausencia de Corina

(Endechas)

Pobre lira mía,
que entre juncia y flores
dulce son de amores
modulaste un día;

risueña corriente
que en silencio vagas
y al jazmín halagas
la cándida frente;

verde prado ameno,
perezoso río,
bello bosque umbrío
de mis ayes lleno:

fuelle cristalina,
césped venturoso,
que sombra y reposo
brindaste a Corina:

ya de mí se esconde;
que mi mal no siente:
lira, prado, fuente,
¿me diréis en dónde?

Llámola afligido,
búscola azorado
del valle al collado,
del monte al ejido.

Dobla mis congojas
el céfiro blando,
que así suspirando
dice entre las hojas:

«Más flores hubiera

si aquí se acercara,
que es su linda cara
sol de primavera».

Mas ¡ay Dios! que en tanto
de su amor me priva,
mis quejas esquivas,
desprecia mi llanto.

Huye y no responde;
yo sin ella muero:
náyades del Duero,
¿me diréis adónde?

En pos de sus huellas
voló mi contento
cual se lleva el viento
mis hondas querellas.

Tú, que mal templada
yaces hora y triste,
y un tiempo te viste
por la infiel ornada,

si alegres amores
modulaste un día,
gime, lira mía,
gime mis dolores.

VI

El pudor

(Anacreóntica)

Cuando en su concha Venus
salió de entre los mares,
brilló la luz del día
más pura y rutilante.

Entonces de las plantas
nació el olor süave,
la pompa de las selvas,
el aura de los valles.

Entonces aprendieron
a modular las aves,
y el plácido murmullo
las fuentes y raudales.

Al verla se disipan
huyendo por los aires
las nubes procelosas,
las negras tempestades.

¡Cuán bella resplandece
la diosa! ¡Cuán fragantes
donde sus ojos fija
nardos y rosas nacen!

Ufana se recrea
Ciprina al contemplarse,
bañando la sonrisa
sus labios celestiales.

Al amoroso fuego
que en sus miradas arde
el universo todo
se anima y se complace.

¡Cómo su frente brilla!
¡Qué hechicero contraste
forman los rizos de oro
que el cefirillo bate!

Jugando rodeaban
su carro de corales
amores y placeres,
la risa y el donaire.

Abrió el excelso Olimpo
sus puertas de diamante,
y el coro de los dioses
a recibirla sale.

Estaba Citerea
sin velo que ocultase
de la admirada turba
sus formas virginales;

y al ver que así la miran
y la belleza aplauden
del pecho alabastrino,
del delicado talle,

bajó los lindos ojos
en actitud cobarde,
y el fuego de sus labios
enrojeció el semblante.

De este ademán de Venus
nació el pudor amable
dando a su tez de nácar
espléndido realce.

Pudor, pudor divino,
de la inocencia esmalte,
¡qué gracias, qué embelesos
te deben las beldades!

VI

Cuando la blanca Venus
saltó de entre los mares
brilló la luz del día
más pura y agradable.

Entonces de las flores
nació el olor süave,
el verdor de los prados,
la frescura del aire.

Entonces murmuraron
las fuentes y raudales:
blando sopló Favonio:
cantó amorosa el ave.

Vertió risueña el alba
aljófara abundante,
y el botón de la rosa
mostró su tierno cáliz.

El universo entero
se admira y se complace,

y más fecundos rayos
el rubio Febo esparce.

Abrió el excelso Olimpo
sus puertas de diamante,
y al solio la condujo
de las altas deidades.

Iban en pos jugando,
no lejos de su madre
amores y placeres,
la risa y el donaire.

Al verla enajenados
los dioses inmortales
su carro de jazmines
cercan por todas partes

Estaba Citerea
sin velo, sin ropaje,
ni cendal que ocultara
sus formas celestiales:

y viendo que embebidos
la examinan y aplauden
el pecho de alabastro,
la morbidez del talle,

bajó los bellos ojos
sonrojada y cobarde;
y el fuego de sus labios
llenó todo el semblante.

De este ademán de Venus
nació el pudor amable,
y a su hechicero rostro
le dio mayor realce.

¡Pudor, pudor divino,
de la inocencia imagen!
¡Qué gracias, qué embelesos
te deben las beldades!

El padre y sus dos hijos

(Apólogo)

Del opaco diciembre en noche fría
un padre con sus hijos en mi aldea
al calor de la humilde chimenea
las perezosas horas divertía.

A su lado el menor se entretenía
de naipes fabricando un edificio,
con más cuidado y atención severa
que el famoso Ribera
trazando el plan del madrileño hospicio.

El mayor repasaba
(pues ya en la edad de la razón rayaba)
una mugrienta historia,
depósito de cuentos y dislates,
su lengua atormentando y su memoria
con nombres mil de reyes y magnates.

Mas juicioso notando
que unos llamaba el libro *fundadores*
y otros *conquistadores*,
¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?

Aquí llegaban, cuando
con feliz inocencia
su travieso hermanito,
que acababa gozoso
de coronar su alcázar ostentoso,
saltaba de alegría y daba un grito.

Colérico el mayor se alza violento
al verse interrumpido,
y de un solo revés arroja al viento
el palacio pulido,
dejando al pobre niño el desconsuelo
de ver su amada fábrica en el suelo.

El padre entonces con amor le dijo:
la respuesta mejor está en la mano:
el *fundador* de imperios es tu hermano
y tú el *conquistador*. ¿Lo entiendes, hijo?

VII

El padre y sus dos hijos

(Apólogo)

Con sus dos hijos cierto padre estaba,
y mientras el menor se entretenía
de naipes fabricando un edificio
de su edad infantil grato ejercicio;
el mayor se ocupaba,
pues ya más juicio y reflexión tenía,
en recorrer y dar a la memoria
de antiguos reyes una vieja historia.

Y juicioso notando
que unos eran llamados *fundadores*,
y otros *conquistadores*,
al padre preguntó la diferencia.
En esto estaban, cuando
con feliz inocencia
su travieso hermanito,
acabando gozoso
de formar su palacio suntuoso,
saltaba de placer y daba un grito.

Colérico el mayor se alza violento
al verse interrumpido,
y el palacio querido
de un ligero revés arroja al viento,
dejando al pobre niño el desconsuelo
de ver su amada fábrica en el suelo.

El padre entonces con amor le dijo:
ya la respuesta tienes en la mano;
el fundador de imperios es tu hermano,
y tú el *conquistador*: ¿lo entiendes, hijo?

VIII

A Belisa

¡Cuán dulce, Belisa, suena
del pastorcillo inocente
la voz por la orilla amena
cuando la menuda arena
lame el Betis mansamente!

Mas cuando los riscos duros
arranca fiero, y de espanto
tiemblan los cesáreos muros,
por los cerros mal seguros
convierte en ayes su canto.

Así, cobarde y confusa,
perdida en extraña tierra
gime mi doliente musa,
y el blando cantar rehúsa
al ronco son de la guerra.

Día habrá, pimpollo hermoso,
que yo tus hechizos cante
en tono tan amoroso,
que de oírme, pesaroso,
dé recelos a tu amante.

La gracia diré, zagala,
de tus formas juveniles
en que ninguna te iguala,
y que en crear tanta gala
se han gozado quince abriles.

Diré que tu frente brilla
más que nieve en valle oscuro;
diré tu bondad sencilla
y el carmín de tu mejilla
como tu inocencia puro;

que cuantos miran pasmados
los prestos y airosos giros
de tus saltos compasados,
el nacer de mil cuidados
te anuncian con mil suspiros.

Diré que aquél que te oyere
pulsar el clave sonoro,
guardar su quietud no espere,

pues de amor de quien las hiere
se quejan las cuerdas de oro.

Y en fin, que Belisa hermosa
luce con su madre bella,
como en la selva frondosa
a par de lozana rosa
purpúreo botón descuella.

Esto y más diré algún día,
gentil ninfa, en tus loores,
si a dicha la musa mía
en vez de adelfa sombría
se ornare de lauro y flores.

IX

*Canción patriótica dirigida a los soldados españoles con ocasión de la batalla de
Eslinga, ganada a Napoleón por los austríacos en el estío de 1809*

CORO

*Guerreros de Iberia
doblad vuestro ardor:
ni el sable repose,
ni duerma el cañón.*

.1ª COPLA

El grito de guerra,
que España arrojó,
del Austria en los campos
resuena veloz.
Mil héroes alzaron
el sacro pendón,
y ya la victoria
su sien coronó.
Guerreros de Iberia, &^a

2.ª COPLA

Si unidos el orbe
triunfantes nos vio,
rivales en gloria
mostremos hoy:
De aquél que hasta el Sena

difunda el terror,
de aquél los laureles,
de aquél el honor.
Guerreros de Iberia, &^a

3.^a COPLA

Del déspota altivo
¿qué vale el furor,
ni enjambres de esclavos
que arrastra el temor?
El trueno de muerte
que Eslinga escuchó,
cubrió sus legiones
de estrago y baldón.
Guerreros de Iberia, &^a

4.^a COPLA

Cual tala el granizo
las vides en flor,
así sus falanges
el Austria arrolló.
De miles ya muertos
la lid se cubrió;
de miles que expiran
se escucha el clamor.
Guerreros de Iberia, &^a

5.^a COPLA

De espanto el Tirano
la espada soltó,
y en sangre, cayendo,
teñirse la vio.
¡Mirad cuál le faltan
aliento y color!
¡Mirad cuál revuelve
su vista feroz!
Guerreros de Iberia, &^a

6.^a COPLA

¿Tus jefes invocas?
Tus jefes no son.
Gemidos, cañones
confunden tu voz.
¿Tus águilas buscas,
sangriento opresor?
Danubio en sus ondas

al mar las lanzó.
Guerreros de Iberia, &^a

.7^a COPLA

¿Qué harás, infelice,
si ardiendo en furor
mil pueblos te juran
venganza y rencor?

La muerte o ser libres:

Vestfalia gritó;

la muerte o ser libres:

responde el Tirol.

Guerreros de Iberia, &^a

8.^a COPLA

Volad, oh guerreros:
destruce el León
los restos que infaman
el suelo español.
Su imperio, no hay duda,
su imperio acabó:
con sangre fue alzado,
y en sangre se hundió.

CORO

*Guerreros de Iberia
doblad vuestro ardor:
ni el sable repose,
ni duerma el cañón.*

X

*Canción para el aniversario del Dos de Mayo puesta en música por don Mariano
Ledesma 1812*

CORO

*En este infausto día,
recuerdo a tanto agravio,
suspiros brote el labio,
venganza el corazón;
y suban nuestros ayes*

*del céfiro en las alas,
al silbo de las balas
y al trueno del cañón.*

COPLAS

I

Miradnos, sacros Manes,
gemir en triste coro
la faz bañada en lloro,
y el alma en odio y hiel.
Mas sangre en vez de llanto
se os debe por tributo;
y en vez de adelfa y luto
trofeos y laurel.
En este infausto, &^a

II

¿Quién ¡ay! del negro día
que hoy dobla nuestras penas
las bárbaras escenas
renueva sin terror?
Erízase el cabello;
se agolpa el llanto ardiente,
y el pecho hervir se siente
de cólera y furor.
En este infausto, &^a

III

¡Oh colmo de la infamia!
No osando los malvados
lidiar con desarmados
en lucha desigual;
mintiendo en el semblante
su rabia vengativa,
cubrieron con la oliva
su pérfido puñal.
En este infausto, &^a

IV

No paz con los tiranos,
que es muerte solapada:
afilan más la espada
brindando su amistad.
Mirad los infelices
¡cuál mueren entre horrores!,

mirad a los traidores
gozarse en su maldad.
En este infausto, &^a

V
Quien vio la sangre y ropas
sembradas por el suelo,
que exprese el desconsuelo
que el alma le enlutó.
Los aires ensordecen
las víctimas que gimen;
a tan horrendo crimen
su luz el sol perdió.
En este infausto, &^a

VI
Cautivo aquel recinto
nos grita el alto ejemplo:
él es de España el templo;
él es el patrio altar;
y al lauro del que al Sena
los vándalos ahuyente
en voto reverente
sus aras debe honrar.
En este infausto, &^a

VII
¿Qué vale que hoy nos vean
los mares gaditanos
cercar en ayes vanos
fingido panteón?
Formemos de pendones
en más dichosos días
a sus cenizas frías
más digno pabellón.
En este infausto, &^a

VIII
En tanto a sus verdugos
persiga en triste sueño
del Prado madrileño
espectro aterrador.
Sangrienta el agua beban,
sangriento el cielo miren,
y en sangre al cabo expiren
por hierro vengador.

*En este infausto día,
recuerdo a tanto agravio,
suspiros brote el labio,
venganza el corazón;
y suban nuestros ayes
del céfiro en las alas,
al silbo de las balas,
y al trueno del cañón.*

XI

Plegaria al Amor

¡Salve, divino Amor, del hombre vida,
fuego dulce y fecundo,
deidad amable que a placer convida
por todo el ancho mundo!

¡Salve, luz celestial, perpetua llama
de cuanto existe y dura,
raudal perenne, que do quier derrama
alegría y ventura!

¿Qué, di, sin tu favor del orbe fuera?
La fresca pradería,
el bosque hojoso, la feraz ribera
yermo horrible sería.

Por ti gozamos las purpúreas rosas
del céfiro halagadas;
por ti cantan las aves amorosas
sus tiernas alboradas.

Por ti ostenta su gala y gentileza
el alazán ligero;
por ti se humilla y doma su braveza
el leopardo fiero.

Por ti colores mil la flor esmaltan;
por ti brilla el rocío;
por ti en el valle los corderos saltan;
por ti murmura el río.

Por ti sin tregua juventud lozana
se agita y se alboroz;a;
por ti la bella joven se engalana
y en su beldad se goza.

Tú solo el dios entre los dioses eres,
y tu mirar risueño
más alcázares rinde, cuando quieres,
que del Olimpo el dueño.

Contra el furor de mis atroces penas
tu alto favor imploro;
que al incesante son de tus cadenas
de Lesbia ausente lloro.

Tú, Niño alado, que en su linda boca
mi sumo bien pusiste,
y enternecer su corazón de roca
en premio me ofreciste,

guárdame, en pago del pesar que siento,
en su pecho nevado
pura como el aroma de su aliento
la fe que me ha jurado.

Haz que sus ojos dulces
do bebe luz el día,
viertan dos tiernas lágrimas al menos
a la memoria mía.

XII

A don Jerónimo de la Escosura

En la guerra está Escosura
y Anita en el Arapil,
como hay tanta tierra en medio
no se pueden divertir.

Pasó el tiempo en que el galán
como mirlos por abril
en cariñosos arrullos
la rondaba el faldellín.

Cuántas veces el sultán
que canta el quiquiriquí
lo encontró, como a San Pedro,
vertiendo lágrimas mil.

¿Por dónde? No están acordes
las zagalas del Genil,
unas dicen por la flauta,
las otras por el flautín.

A las segundas me atengo,
que según se suena aquí,
y a gritos lo publicaban
las manolas de Madrid,

el pito que toca el mozo
es, si vamos a decir,
medidos órgano y fuelles
reclamo de codorniz.

Pero, *malgré le équipage*,
Fernandito y Patricín,
con cierta petimetrica
que quedó en Benamejí,

gritando están noche y día
a quien se lo quiere oír,
que a veces es más temible
una aguja que un fusil.

Aquí llegaba un poeta
cuando le vino al magín
enredar un logogrifo.
Descifradlo, Jeromín.

XIII

Logogrifo

Soy una voz castellana
que forman catorce letras
y expreso un ramo de un arte
que el mundo aflige y despuebla;
mas si mis signos combinas

te darán voces diversas
que tratando de apurarlas
no bajarán de ochocientas.

Diré sólo las que basten
para que encontrarme puedas,
que así será si te asisten
ociosidad y paciencia.
Aquella parte del mundo
que al hombre vio la primera;
un instrumento de caza,
unas tablas y una piedra.

El país que descubrieron
un genovés y una reina,
la metrópoli del mundo
y un escultor de Florencia.
Aquel mueble en que no caben
el honor y las riquezas,
el más antiguo asesino
y la nodriza de Eneas.

La patria de Orfeo; el río
cuyas orillas amenas
alegró y el instrumento
con que amansaba las fieras.

Cierto nombre que denota
un condado, una agarena,
y el fruto que de una herida
tomó la color sangrienta.

Un rey de tiempos antiguos,
que en el Tártaro sentencia,
la isla a que dio sus leyes
y fue famosa por ellas.

Cierto manjar milagroso:
un cuerno, un francés poeta
del género pastoril,
y una península en Grecia.

El Abel de los romanos,
un rey sabino, una sierra,
lo más alto del morrión,
y cierta ciudad francesa.

El barquero del averno,
lo que al vate desespera,
el río que baña a Lima
y un rey antiguo de Persia.

La que con sus pollos va,
un pozo, un grupo de estrellas,
una gran provincia en Asia,
y un puerto de la Noruega.

El gesto de la alegría,
de las flores la más bella,
una rusa y un pescado,
un enfermo y una peña.

Cierta canción italiana
y aquel hijo de la tierra
que mató el pujante Alcides;
un puerto chino, una vela.

Un río de Cataluña,
otro en Castilla la Vieja,
un famoso musulmán
y el aparecido a Eneas

Un pintor de Italia, un papa,
un prendido y una reina,
el país que gobernó
y el estuche de las muelas.

El romano más severo,
un pedazo de escalera,
un gran orador latino
y un semidiós de las selvas.

Aquél que se enamoró
de su hermosura, y aquella
que en voz quedó convertida
por su desdén y aspereza.

Un gran trágico francés,
un escritor de comedias
castellanas, y el doctor
que a Sancho asistió en la mesa.

El pelo de un animal,
lo que su paso acelera,
cierta especie de locura
y el calor de los poetas.

Un río de Rusia, un perro,
un pontífice, una almendra;
una división del mes
y un producto de la abeja.

El rival de Mardoqueo,
la madre del dios que truena,
un rey lidio y un romano
famosos por sus riquezas.

Cierto país del mar Negro
ocasión de mil pendencias
entre zares y sultanes,
y un gran lago que está cerca.

Un licor, un bardo, un cubo,
el nombre de unas endechas,
una provincia en las Indias
y un caudillo de la Grecia.

Aquél célebre romano
que dio su nombre a una era,
uno de sus asesinos,
una concha y una cesta.

Un campo, un lago y un río
donde en tres lides sangrientas
humilló un tuerto africano
las águilas más soberbias.

La madre de Evandro; el padre
de Rómulo, unas estrellas
que diz que anuncian al mundo
desgracias, muertes y guerras.

Un hijo de Cincinato;
un reino unido a Inglaterra,
un matemático ibero,
y de un jaez dos correas.

Un puerto antiguo de Siria;

la deidad con peso y venda;
cierto nombre de las Musas
y lo que al barco gobierna.

El primero de los Julios
y el dios del arco y las flechas,
que tomando su figura
abrasó el pecho a una reina.

Un enemigo del alma;
del grande Ulises la herencia;
un adorno episcopal
y una ciudad extremeña.

Otra no lejos de Mantua;
un satírico poeta;
un arrabal de Sevilla,
y los nombres de dos ciencias.

Un emperador cruel;
cierta villa malagueña,
un juego de azar, y el libro
que escribió un falso profeta.

Aquél que a su sacrificio
llevó los leños a cuestas;
y un río que al turbio Duero
sus puras aguas entrega.

Un bajel que salvó al mundo
sin remos, vapor ni velas
y el país, donde lo echó
la borrasca más funesta.

Un hidráulico artificio,
un rey de Roma, y aquella
que a su amante nadador
dirigió con la linterna.

Un naípe, y el adjetivo
que una calidad expresa
en queso y tocino mala,
en vino y linaje buena.

El nombre de dos batallas,
una en el mar y otra en tierra,

en que derrotados fueron
Marco Antonio y un rey persa.

Un historiador latino,
el árbol de Cítarea;
una ciudad de Sicilia,
y el autor de *Las Trescientas*.

La planta que a los antiguos
de un capitel dio la idea,
un proscriptor y proscrito,
y el gran cantor de la *Eneida*.

Nueve nombres que designan
miedo, vallado, caverna,
ardid, término, aposento,
nada, costal y advertencia.

Y basta de letanía,
que si mi nombre no aciertas
será por falta de ingenio
más que por falta de señas.

XIV

Octava que dejé escrita en un mirador de la Cartuja de Jerez en 1816

Condujo aquí por términos extraños
a un mísero mortal suerte voltaria,
después que consumió sus verdes años
en triste vida turbulenta y varia.
Enseñáronle insignes desengaños
a no esquivar la celda solitaria,
y a desdeñar el tráfago importuno
el santo ejemplo del grey de Bruno.

XV

A Curra. Romance que le dirige su esposo

Curra, sin habedes honor

mirad por la panza vuestra,
que ya debería ser tiempo
que madure alguna breva.

Non pongáis en ál las mientes,
que non es de buenas fembras
folgadas y bien fornidas
facer las cosas a medias.

Miembreos, señora mía,
que fará esta primer fiesta
cuatro años non dende ayuso
que vos riego asaz la hierba;

y en todos estos cuatro años
non firieron mis orejas
los gritos de algún rapaz
que vos cuelgue de la teta.

Bien el vientre se vos pone
como un perol para fuera,
mas en medio del camino
con la carga dais en tierra.

En vuestro primer empacho
dístedesme por respuesta
que no estabais avezada,
como en el oficio nueva.

Los dos siguientes, señora,
ficisteis la misma gera,
sin cuidar que a Dios y al mundo
facéis la mayor ofensa.

En estos últimos días
partisteis a lueñas tierras,
a fortalecer los muelles
de vuestras flojas caderas.

Volvéis agora diciendo
que por la Pascua primera
me pariréis un infante
que alivie mis canas luengas;

que bien sabe el de lo alto
cuántas lágrimas vos cuesta

ver malograda y perdida
tan preciosa sementera;

si ello es vero o non, yo fío
que esta vegada se vea,
pues ya non podrá estorballo
ni estar floja, ni ser nueva.

Haced por tener un poco
carga que non es eterna,
nin tan pesada, por Dios,
que non podáis vos con ella:

que al cabo de nueve meses
desembarazada y suelta
nos folgaremos en uno
por la noche y a la siesta.

Que si así satisfaciesdes
mi deseo y vuestra deuda,
vos redoblaré la paga,
que aún está la bolsa llena:

donde no, cuidado, señora,
que tarde o temprano sea,
que destos desaguizados
tengo de tomar enmienda,

faciendo que venga al punto
un médico del Pisuerga,
que sé que verná en volandas,
a curar vuestra dolencia.

Esto un velado decía
con torva faz, a su dueña,
mohíno de ver lo floja
que tenía la huevera.

XVI

La hoja de lentisco

(Alegoría)

Hoja seca y solitaria
que vi tan lozana ayer,
¿dónde de polvo cubierta
vas a parar? No lo sé.

Lejos del nativo ramo
me arrastra el cierzo cruel
desde el valle a la colina,
del arenal al vergel.

Voy donde el viento me lleva
resignada por saber
que ni suspiros ni ruegos
han de templar su altivez.

Hija de un pobre lentisco,
voy a donde van también
la presunción de la rosa,
la soberbia del laurel.

XVII

El Conde de Saldaña

(Romance)

¿Quién es aquel caballero
que en las márgenes del Esla
el potro ardiente fatiga,
la dura lanza maneja?

Coraza y almete adornan
roja banda, plumas negras;
bruñido pavés embraza
y osada divisa ostenta:

un corazón es alado
que se remonta a la esfera
y encima un rótulo dice:
no subas más, que te quemas.

Ninguno en el ancho circo
se le opone, que ya deja
en doce altivos encuentros

doce contrarios en tierra.

¡Viva de Saldaña el Conde!
de boca en boca resuena;
todos vencedor le aclaman
y admirados le contemplan.

Desde la alta gradería
ornada de ricas telas
el Rey su valor aplaude,
y a darle el premio se apresta.

Él de un salto se derriba
desde el arzón a la arena,
y del monarca las plantas
bizarro y modesto besa.

«Dame, gallardo mancebo,
dijo el Rey, la fuerte diestra;
que es justo apriete la mía
mano que tan bien pelea.

Con esta luciente espada
que fue del rey don Früela,
en premio de tu victoria
honre al valor la belleza,

y del toledano adarve
a las torres de Antequera,
de los turbantes moriscos
estrageo y asombro sea».

Dijo; y sonrojado el Conde
bajó humilde la cabeza;
que al querer darle las gracias
trabó el respeto su lengua.

¡Oh cuántos pechos enciende!
¡Con qué afán las damas bellas
los blancos velos agitan
y al cielo su triunfo elevan!

Entre todas sobresale
la Infanta doña Jimena,
que a la voz del Rey su hermano
ceñirle la espada intenta.

¿No veis cómo sus mejillas
antes de carmín cubiertas,
palidecen, y en sus manos
cinturón y espada tiemblan?

¿No advertís que el caballero
de hinojos en su presencia
estatua inmóvil parece
en triste lucillo puesta?

No es mucho que así se turben
cuando Alfonso los observa,
cien cortesanos los miran,
mil curiosos los acechan.

Días ha que en viva llama
amor con veloz saeta,
atropellando respetos,
inflamó sus almas tiernas.

Fe de esposos se juraron
entre las doradas rejas
de un jardín, sin más testigos
que una esclava y las estrellas.

Mas ¡ay!, que en excelso alcázar
mal un secreto se alberga,
y a par de los regios tronos
el suyo la envidia sienta.

Ya el palacio lo murmura:
¡Ay de entrambos si es que llegan
al alma de Alfonso el Casto
tan mal celadas sospechas!

Del Rey, cuyo indócil cuello
de amor el yugo desdeña,
y como atroces delitos
sus dulces yertos condena.

Mas ya la callada noche
cubre el mundo de tinieblas,
y vencedor y vencidos
toman de León la vuelta.

Sañudo en tanto va jurando al cielo
su desdoro vengar Nuño de Arlanza,
que al primer bote de la ardiente lanza
vencido por el Conde, cayó al suelo.

Estaba solo el Rey, de lid sangrienta
el plan trazando contra el moro un día,
cuando con alma llena de falsía
Nuño en el regio alcázar se presenta.

Secreta audiencia pide, y admitido
en la estancia do mora el Rey potente,
así comienza a hablar el fementido
con triste faz y labio balbuciente.

«Hay quien osa, señor, con vil mancilla
profanar de este alcázar el decoro,
mientras vos, esgrimiendo la cuchilla,
triunfáis con gloria del soberbio moro».

«¿Y quién es el traidor, Alfonso exclama,
que a tal se atreve? Di: pronto castigo,
como del rayo asoladora llama,
acabará a tan pérfido enemigo».

«Jamás, dice el hipócrita, este arcano
de mi pecho saldría, si no fuera
el honor de tan digno soberano
quien al remiso labio aliento diera.

Tal vez será imprudencia: infausta suerte
me amenaza tal vez; pero en buen hora
caiga el mal sobre mí, venga la muerte
con tal que vos sepáis quién os desdora.

El Conde de Saldaña hasta la altura
del regio solio se remonta ufano
en alas del amor, y su locura
escandaliza al pueblo castellano.

«Vuestra hermana, señor...» «¿Cómo! ¿La Infanta
amar al Conde? ¡Nuño, vive el cielo...!»,
clama el sañudo Rey, y en su garganta
la voz se anuda convertida en hielo.

Mas luego se reporta, y mesurado,

«Si es cierto, añade, el crimen, pena dura
castigará tan pérfido atentado;
mas ¡ay, Nuño, de ti si es impostura!».

«¿Impostura, señor? Si tal agravio
cualquier otro que vos... Haced empero
pesquisa cual monarca justiciero
y hallaréis que verdad os dice el labio».

Ejecutolo Alfonso y convencido
de que Nuño de Arlanza no le engaña,
su enojo reprimiendo, comedido
así habla cierto día al de Saldaña:

«De Navarra al monarca en propia mano
quiero que entregues, Conde, a questo pliego,
y del fuerte de Luna al castellano
estotro al paso deja: parte luego».

Apenas brilla la rosada aurora
y ya el Conde se apresta a la partida,
mientras Jimena solitaria llora
sin abrazarle en tierna despedida.

Al castillo de Luna prontamente
llega el desventurado caballero,
y la carta entregando, de repente
cae el rastrillo y queda prisionero.

«¡Traidor!, ¿qué intentas?», irritado dice
echando mano de su acero el Conde,
y el alcaide excusándose, «¡Infelice!,
preso estás por Alfonso», le responde.

Quítanle al punto la luciente espada,
que terror de los moros era un día,
y una mano le arranca despiadada
los ojos do la Infanta se veía.

Ella entretanto en la mansión oscura
gime de un claustro y por su esposo clama;
mas ¡ay!, que en perdurable desventura,
no verá más al infeliz que llama.

XVIII

Epitafio y dísticos latinos esculpidos en el sepulcro de Meléndez en el cementerio de Mompeller adonde fueron trasladados sus huesos en 1828

D.O.M.

JOANNIS. MELENDEZ. VALDES
HISPANI. POETAE. CLARISSIMI
AN. MDCCCXVII. DIE. XXIV MAII
MONSPELII. SUBITO. EXINCTI
MORTALES. EXUVIAS
PER. UNDECIM. AN. SPAT. INDECORE. SEPULTAS
AC. OBLIVIONI. FERE. TRADITAS
IN. HUNC. DIGNIOREM. LOCUM
BERNARDINUS. FERNANDEZ. DE. VELASCO
DUX. DE. FRIAS
ET. JOANNES. NICASIUS. GALLEGO
ARCHIDIACONUS. VALENTINUS
NON. SICIS. OCULIS
TRASFERENDAS. CURARUNT
R.I.P.A.

Quam dederant dulci charites arguta Batillo
fistula, Volcarum litore fracta jacet.
Digna siracosio calamo, citaraque Properti,
dum repetit moestus carmina blanda Tagus,
te, Lede, qui niveis lambis felicior undis
hunc tumulum, serves pignora cara rogat.

XIX

Octava puesta en la iglesia de los Escolapios de Valencia, sobre la puerta de la iglesia, en las honras que celebraron a la Reina Ntra. Sra. M.^a Josefa Amalia de Sajonia los individuos de la Real Maestranza de Caballería de aquella ciudad

Tu pueblo, Amalia, que al Eterno implora
bañando el mármol de esa tumba fría,
más que tu suerte el infortunio llora
de quien contigo el cetro dividía:
modera empero su aflicción, Señora,
dulce esperanza de ofrecerte un día,
de tu heroica piedad digno tributo,
por pira altar, adoración por luto.

XX

Octava puesta en la iglesia de los Escolapios de Valencia, en el catafalco, en las honras que celebraron a la Reina Ntra. Sra. M.^a Josefa Amalia de Sajonia los individuos de la Real Maestranza de Caballería de aquella ciudad

Yace, ¡oh, dolor! en la mansión obscura
la que vimos ayer Reina de España,
que no es contra la muerte más segura
morada excelsa que infeliz cabaña.
No falaz esplendor, pompa más pura,
séquito de virtudes la acompaña,
que solo el bueno, el religioso, el justo
es en la tumba el grande y el augusto.

XXI

A mi amigo el señor don Juan Bautista Arriaza
Versos improvisados en su mesa el de junio de

Aunque con versos me brindas,
pocos de mi labio esperes;
que hacerlos donde estuvieres,
es llevar a Toro guindas.

Así, sin furor pimpleo,
sin Hipocrene ni Apolo,
diré los que basten sólo
a expresar mi buen deseo.

Paulita contemple ufana
prosperar su prole bella,
tierna y amable cual ella,
y cual tu ingenio lozana.

Y entre placeres diversos,
sin pesadumbres ni engaños,
logre que iguallen tus años
la duración de tus versos.

XXII

A la señora doña Paula de Arriaza, en la misma comida, dada con ocasión de ser los días del santo de su marido 1830

A ofrecer a Paula flores
gusto y ocasión me excitan;
mas ya su brillo marchitan
de la estación los ardores.

Solo el Pindo en sus loores
guardará siempre una rosa,
pues si, como dama hermosa,
de rivales no carece,
sobre todas la merece,
como madre y como esposa.

XXIII

Inscripción para poner en la lápida que cubre el corazón de la Duquesa de Frías en la iglesia de los Agustinos de la Villa de Oropesa

Yerto, insensible, en polvo convertido,
de la hermosa Piedad, del sol de Frías,
yace el gran corazón que en otros días
fiel palpitaba al eco de un gemido.
an. M.D.CCC.XXXI

XXIV

En el álbum de un ventrílocuo

(Epigrama)

Causa tal placer a todos
oírte hablar *por la panza*,
que el público en tu alabanza
habla después *por los codos*.

XXV

*Epitafio. A la memoria de la Sra. D.^a M.^a Antonia Ruano, doncella sevillana.
Su padre.*

¡Omnipotente Dios! no soy osado
a querer penetrar en tus secretos;
pero debo sentir cuando enojado
fulminas contra mí duros decretos:
¡Una hija! Una hija me has quitado,
joven y bella, buena en mil conceptos...!
No diré que la llevas con premura,
mas deja que la lllore con ternura!

XXVI

Octavas para la Reina Cristina en un convite

Al dulce influjo de tan bello día,
en que brillando el sol claro y sereno
desmiente el campo la estación sombría
de nuevas flores y esperanzas lleno;
vivo placer inunda el alma mía
viendo lucir en vuestro noble seno
de la española fe la llama pura
que de Isabel el triunfo me asegura.

Huyan ¡oh Dios! con el adusto invierno
de la civil contienda los horrores,
y traiga del abril el soplo tierno
paz a los pechos como al campo flores.
¡Sepulte a la discordia en el averno
benigno el cielo! Y aceptad, señores,
mientras tan dulce instante se avecina
la gratitud ardiente de Cristina.

XXVII

*A Mr. Frédéric Madrazo en le voyant faire le portrait de Mad. la Marquise de... placé
dans une belle terrasse de fleurs*

(Madrigal))

Dis moi, cher Frédéric, par quel prestige heureux

quand tu fais un portrait, j'en vois paraitre deux?
L'un dans ce beau jardin, par ton pinceau fidèle,
et l'autre dans mon coeur, par les yeux du modèle.

XXVIII

A don Manuel Bretón de los Herreros, el día de su boda 1837

Ir con versos a Bretón
fuera no menor demencia
que ir con chufas a Valencia
o llevar cal a Morón;
mas por distinta razón
desmayo y no me propaso,
que no quiero en este caso
juntar con profano celo
las bendiciones del cielo
con los chistes del Parnaso.

XXIX

Su nombre. Jácara romántica.

(Traducción libre de Víctor Hugo)

El olor de la azucena,
la aureola de San Roque,
el postrer rumor del día
que va huyendo de la noche;
los lamentos de un amigo
que el grito en el cielo pone;
la secreta despedida
del tiempo que toma el tole;
el ruido que forma el beso
de dos tiernos amadores;
la banda que una tormenta,
cuando su furor depone,
al sol deja por trofeo
de rutilantes colores;
un acento inesperado
que el corazón reconoce;
el designio más oculto

que inocente virgen forme;
el primer sueño de un niño
entre fajas y andadores;
el cántico de un rosario
cuando de lejos se oye;
el gemido que Memnón
daba en los líbicos montes
al divisar de la aurora
los indecisos albores;
el murmullo que temblando
se apaga en el horizonte,
y en fin cuanto el mundo todo
por dulce y grato conoce,
no es para mí, lira mía,
tan dulce como *su nombre*:
pronúncialo callandito
como responso de monje,
pero en nuestros cantos suene
por mañana, tarde y noche.
Él solo en el templo oscuro
será nuestro cirio y norte
aunque contra alguna esquina
nos demos de coscorrónes.
Él la voz sagrada sea
que en el altar o en la torre
como anuncio de sereno,
un mismo grito pregone.
Mas antes, amigos míos,
que mi musa se remonte
y echando fuego y venablos
corra sin saber por donde,
y en sus raptos furibundos
mezcle tan plácido nombre
con otros que el mundo vano
orgullosamente encomie,
olvidando en su delirio,
que como tesoro en cofre
Amor lo escondió en mi pecho
con cien candados de bronce;
hincad todos la rodilla,
que han de oírse mis canciones
lo mismo que el miserere
entre sollozos y azotes:
y heridos por sus acentos
vibren los aires veloces,
como si al bajar un ángel

de las etéreas regiones
con su aleteo invisible
nos refrescase el cogote.

XXX

A la Sra. D.^a María Cristina de Borbón, presentándole un álbum a nombre del Liceo de Madrid

Éste que gracia a vuestros pies implora,
de la lira y pincel tenue tributo,
cuando el furor de guerra asoladora
cubre el suelo español de sangre y luto,
flor es de amor y gratitud, Señora,
flor que a ser llegará colmado fruto,
si al cielo debe España en su amargura
tiempos de paz, de gloria, de ventura.

XXXI

Quintillas improvisadas en los momentos de botarse al Guadalquivir el vapor «San Fernando», alias «Trajano», el de mayo de 1840

Baja valiente y galano
de tu constructora orilla;
tus nombres ostenta ufano;
que grandes fueron Trajano
y el que conquistó a Sevilla.

No temas de la mar fiera
los ominosos desmanes,
que también de esta ribera
lanzada fue la galera
del osado Magallanes.

Mas no en remotas regiones
tu vela hincharán los vientos,
ni tus ferrados tablones
oprimirán batallones,
de sangre y oro sedientos.

Es más dulce tu destino;

que, entre rosas y azahar,
te abre el Betis cristalino
un perfumado camino
hasta el gaditano mar.

Y la risa y el contento,
y la amorosa alegría
tendrán en tu popa asiento;
que habrán de ser tu ornamento
las bellas de Andalucía.

XXXII

Para el álbum de la Condesa de la Tour Maubourg a su salida de Madrid para Roma en mayo de 1840

Del Turia y Betis el fecundo suelo,
donde a nunca morir nacen las flores,
ni pone grillos a la fuente el hielo,
imagen del Edén, mansión de amores;

dulce morada, y de tus gracias digna
fuera, Condesa, en el confín de España,
cuando la suerte la miró benigna,
la cruda suerte que en su mal se ensaña.

Mas hoy que, ardiendo en fratricida guerra,
rencores, sangre, asolación te ofrece,
deja, señora, tan aciaga tierra
y su fatal destino compadece.

Huye, y salvando sus nevadas cimas
cruza la falda del gigante alpino,
y allá descansa en los amenos climas
que el mar circunda y parte el Apenino.

Mas cuando ufano en valles y florestas
con la pompa de mayo engalanadas
un pueblo alegre en bulliciosas fiestas
te salude con vivas y alboradas,

merezca algún recuerdo a tu ternura
y una piadosa lágrima a tus ojos
de mi patria infeliz la desventura

donde sólo verán ruinas y abrojos.

XXXIII

Receta

Toma dos versos de cinco sílabas,
de aquellos mismos que el buen Iriarte
hizo en su fábula lagartijera.
Forma de entrambos un solo verso,
y esto repítelo según te plazca.
Mezcla si quieres, que es fácil cosa,
algún esdrújulo de cuando en cuando;
con esto sólo, sin más fatiga,
harás a cientos versos magníficos,
como éstos míos que estás leyendo.
Así algún día los sabios todos,
los Hermosillas del siglo próximo,
darán elogios al divino invento,
ora diciendo que son hexámetros
o asclepiadeos, ora que aumentas
con nueva cuerda la patria lira,
no hallando en Córdoba laurel bastante
con que enramarte las doctas sienas.

XXXIV

Brindis en un convite

A que el reinado de Isabel augusta
feliz, tranquilo y floreciente sea,
sin que del ceño de la suerte adusta
nunca empañado su esplendor se vea.
Logre dichosa unión firme y robusta
de antiguos odios extinguir la tea,
y hermane al fin su paternal gobierno
libertad y dosel con lazo eterno.

XXXV

En el álbum de la Excma. Sra. doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

Si mi memoria honrar de este volumen
en las más nobles páginas deseas,
fuerza, Tula, será que tú mi numen,
mi sola inspiración, mi Apolo seas.
Mi fatigado espíritu consumen
hondos cuidados, tétricas ideas,
al torcedor de duros desengaños
rendido aun más que al peso de los años.

Un rayo solo préstame, te ruego,
de los que dio a tus ojos Sirio ardiente,
o un fúlgido destello de ese fuego
con que Natura electrizó tu mente;
que ya ni del arpón del niño ciego
mi yerto corazón la punta siente,
ni el ardor todo de las nueve hermanas
basta a templar el hielo de mis canas.

Sólo me es dado de tu voz divina
mudo admirar la fuerza encantadora,
que vibrando en la esfera cristalina
oye admirada al despertar la Aurora.
Émula de los lauros de Corina,
que te legó su cítara sonora,
haz que tu canto armónico se encumbre
adonde enciende el sol su viva lumbre.

XXXVI

Octavas que me encargó el Ayuntamiento de Madrid para ponerlas en la portada de la Casa de la Villa en los festejos con que celebró la vuelta de la Reina Cristina a España en marzo de 1844

Entre el aplauso, que su afecto sella,
a tu amada Madrid vuelve, Señora,
anticipando tu presencia bella
céfiros del abril, galas de Flora.
Vencido ya el rigor de aciaga estrella,
luzca otra vez tu gracia encantadora,
reflejo fiel de un alma hermosa y pura,
tesoro de nobleza y de ternura.

Haga el Señor eternas las delicias
que hoy entre dulce llanto saboreas,
de tus prendas gozando las caricias
con que tu seno maternal recreas.
Si otra ventura, si otro bien codicias,
piadoso el cielo te le otorgue; y veas
de amor colmada y de filial respeto
reinar feliz al nieto de tu nieto.

XXXVI ()

Entre el aplauso que su afecto sella
vuelve Cristina al pueblo que le adora,
pues ya le anuncian tu anhelada huella
auras de mayo y céfiros de Flora.
Moderado el rigor de infausta estrella
goce Madrid tu gracia encantadora,
reflejo fiel de un alma hermosa y pura,
manantial de nobleza y de ternura.

Haga eternas el cielo las delicias
que entre lágrimas dulces saboreas
de tus Niñas gozando las caricias
con que hoy tu seno maternal recreas.
Si otra ventura, si otro bien codicias
piadoso el cielo te le otorgue; y veas
de amor cercada y de filial respeto
reinar feliz al hijo de tu nieto.

XXXVII

La felicidad

(En el álbum de la señorita doña Adela Carondelet)

No es la felicidad, hermosa Adela,
realizar juveniles devaneos
ni sentada en brillante carretela
oro y perlas lucir en los paseos.
Sólo la alcanza quien prudente anhela
por ceñir a su suerte sus deseos
y, oponiendo al pesar esfuerzo y calma,

logra al fin conservar la paz del alma.

XXXVIII

La amabilidad

Si del trato apacible la dulzura
no le presta las gracias que atesora,
sólo es, bella Matilde, la hermosura
apariencia fugaz, flor inodora.
Grata amabilidad, dulce ternura
duplicando su fuerza seductora
con nuevo hechizo su poder aumentan
y su influencia mágica sustentan.

XXXIX

La Última Cena

El cordero pascual, sagrado emblema
de víctima suprema,
todo el pueblo judaico disponía,
mientras el verdadero
reparador y celestial Cordero
al odio ciego la traición vendía.

De derramar la sangre redentora
se aproxima la hora:
hora que al tiempo precedió en la mente
del Hacedor Eterno;
hora que con horror prevé el infierno,
y al cielo abisma en pasmo reverente.

Mas en tanto la Víctima sublime,
cuya sangre redime
a un mundo criminal, y el fin espera
de su misión divina,
sus pasos al cenáculo encamina,
a celebrar la pascua postrimera.

Doce varones son los que elegidos,

cual amigos queridos,
llama Jesús a su banquete augusto
y los que deben fieles
las penas compartir, duras, crueles,
que el cielo envía al corazón del justo.

Doce apóstoles son, doce tan sólo,
y la traición y el dolo
al uno tornan pérfido enemigo,
que como vil serpiente
clavar intenta el venenoso diente
en aquel seno que le diera abrigo.

El último es, que llega conturbado
al convite sagrado.
¡Vedle! De horror se eriza su cabello,
y en su mirada incierta,
y adusta faz de amarillez cubierta,
del crimen lleva el infamante Sello.

Jesús, empero, con serena frente
le recibe clemente,
y al alma vil del criminal aterra
tan celestial dulzura,
imaginando en su mortal pavora
que bajo de sus pies se hunde la tierra.

Y ¿será, oh Dios, tu mansedumbre tanta
que allí, a tu mesa santa,
el manjar gustará por ti bendito,
y llegará su boca
al borde mismo que tu labio toca,
y en que tu amor se ostentará infinito?

¡Oh! sí; miradle: de Jesús enfrente
se sienta el delincuente;
insólito temblor su cuerpo agita,
y con empeño vano
quiere encubrir bajo su helada mano
la maldición en su semblante escrita.

Mirándole el Señor, busca benigno
algún dichoso signo
de sincero dolor, pues su presciencia
por su amor enmudece,
y ya el perdón en su mirada ofrece

al despertar de Judas la conciencia.

«Uno me vende de vosotros», clama:
a tan inicua trama
llenos de horror su indignación reprimen;
mas el divino acento
excita sólo altivo atrevimiento
en el vil corazón que alberga al crimen.

«¿Por ventura soy yo?», pregunta osado
el apóstol culpado;
y «tú lo has dicho», le responde Cristo:
«Con presto paso llega
mi tiempo ya; mas ¡ay de quien me entrega!
¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!».

Dice, y bajando la ínclita cabeza,
con piadosa tristeza
la infausta suerte del traidor deplora;
mientras su rabia excita
oculta voz con que incesante grita
a su oído Luzbel. «¡Marcha, Ya es hora!».

Mas antes llega el venturoso instante
que el Salvador amante
previsto tiene para dar al mundo,
de admiración suspenso,
en alta prueba de poder inmenso,
perpetua prueba de su amor profundo.

Tomando el pan en sus sagradas manos,
alza los soberanos
ojos al cielo con fervor divino,
y articula un acento
que trueca el pan en inmortal sustento,
y en néctar de los ángeles el vino.

¡Hecho inefable, que al empíreo asombra!
Quien prodigio le nombra
su excelsitud deprime y su grandeza:
ante el sublime arcano
anonadado yace el juicio humano,
y la razón proclama su flaqueza.

¡Mas quién, Señor, tu voluntad limita!
La Víctima infinita,

el Dios que el tiempo y el espacio mide,
el Rey de cielo y tierra:
todo ese cáliz misterioso encierra.
En ese Pan mi Redentor reside.

¡Oh de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece Él mismo
dejando eterno en el linaje humano
su celestial convite,
y aun su Sangre santísima permite
que entre en el pecho del traidor villano.

Ya instituido el Sacramento egregio,
de su atroz sacrilegio
se espanta Judas: ciego, fascinado,
huye en veloz carrera...
donde un cordel a su garganta espera,
premio final de su hórrido atentado.

XL

Versos para el retrato de la Reina

A par que al cielo por tu dicha implora,
su imagen fiel te ofrece enternecida
quien en su corazón la tuya adora
con indelebles rasgos esculpida.

XLI

Versos para el retrato de la Infantita

Si mueve mi retrato
blanda risa en tu labio placentero,
¿podré dudar, Señor, que admities grato
de tu dulce Isabel el don primero?

XLII

A Dionisia Trespalacios en sus días

Hoy que en el fuego que en tus ojos brilla
con más placer tu madre se recrea,
escucha, Nise, la expresión sencilla
de quien tu dicha con ardor desea.
Pura, como el carmín de tu mejilla,
fuerte como el peñón que nos rodea,
goces feliz tus años juveniles
y ofrézcante sus flores cien abriles.

XLIII

A Florela

¿Por qué, Florela, cuando yo te miro
cruel rechazas mis humildes ojos,
y el rostro vuelves con desdén y enojos,
por robarles la llama de su amor?
Remedio busco a tu desaire altivo
y otras bellezas halla mi porfía;
errante voy en dulce compañía
entre caricias mísero amador.

Fingidas son ¡ay infeliz! las glorias
si no las siente el pecho atribulado.
¿De qué me sirve cariñoso agrado
si el corazón cautivo me dejé?
Así tal vez los hijos del destierro
de las extrañas gentes acogidos,
por la patria lamentan con gemidos
y allí la muerte es premio de su fe.

XLIV

Mis deseos

Quieran los cielos que la ninfa bella
que hoy ofrece su cuello al dulce lazo,
nos dé un gracioso vástago como ella
que ya en abril sonría en su regazo:
y ambos esposos, por feliz estrella
que así prolongue de su vida el plazo,
de amor, de dichas, de salud repletos

logren besar los nietos de sus nietos.

XLV

En el álbum de doña Matilde Díez

Si esas endechas frívolas, mezquinas
ecos un tiempo de mi lira humilde
las recitaras tú, bella Matilde,
en tus labios de miel fueran divinas.

XLVI

En el álbum de don Adolfo de Quesada

Gran aparato,
regio salón,
turba brillante
me deslumbró
¿Qué nos espera?
Noble función.
¿Algún concierto?
¿Qué? No, señor.
Es un cubano,
nuevo Anfión,
que toca el clave
con tal primor,
que a todos llena
de admiración,
porque es a veces
su pulsación,
dulce y meliflua
como acitrón
y a veces bronca
como un cañón.
Ya de sus teclas
nace un temblor
que nos domina,
y hacen cló, cló
las entretelas
del corazón:
lágrimas corren

de dos en dos.
Mas otras veces
¡válgame Dios!
ya no es un piano,
que es un furgón,
una borrasca
que causa horror.
Fusas confusas,
¡qué me sé yo!
estrepitosas
como un trombón.
Es un asombro,
y a fe que si hoy
no me avisaran
fuera un dolor.
Pues, amiguito,
quédate a Dios,
que a mí me cansa
re, mi, fa, sol.

XLVI

Gran aparato,
regio salón,
turba brillante
me deslumbró...
¿Qué nos espera?
Noble función.
¿Algún concierto?
¿Qué? No, señor.
Es un cubano,
nuevo Anfión,
que toca el clave
con tal primor,
que a todos llena
de admiración.
Dulce es a veces
su pulsación,
y a veces bronca
como un cañón.
De la primera
nace un temblor
que nos domina
y hacen clocló

las entretelas
del corazón.
De la segunda
¡válgame Dios!
ya no es piano,
es un furor,
una borrasca
que causa horror,
fusas, corcheas,
¿qué me sé yo?
se oyen a cientos
sin ton ni son,
estrepitosas
como un trombón,
ásperas, duras,
más que un fagot.
Es un asombro,
y a fe que si hoy
no me avisaran
fuera un dolor.
Pues, amiguito,
quédate a Dios,
que yo no quiero
re, mi, fa, sol,
desde que Liszt
me entonteció.

FIN